

puede colocar el no menos inconformista, aunque de mayor genio, Pietro Aretino, autor teatral y creador de libelos dotado de un fino ingenio, que consiguió, por medio de sus irreverentes obras, establecer un refrescante contrapeso a la refinada cultura de su tiempo. Su gran obra *Los razonamientos* (1532-1534) y los seis volúmenes de sus cartas (1537-1557) transmiten su ácido e irreverente punto de vista acerca de la sociedad y las costumbres de su época. De igual manera son ejemplares los trabajos de los poetas Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), quienes escribieron las páginas burlescas y satíricas más brillantes y populares de la literatura española.

Un rico filón burlesco se encuentra también en la obra de Paul Scarron (1610-1660), escritor francés nacido en París y pionero de los géneros literarios del teatro, la épica burlesca y la novela cómica. Luego podría decirse que este filón fue desgastando lo ácido y lo punzante hasta descender al sentimentalismo, por ejemplo, de Ramón de Campoamor y Camposorio (1817-1901), poeta español que en sus composiciones cortas esgrime sentencias morales didácticas, cuyos temas narran pequeños dramas cotidianos y encierran un pensamiento filosófico estático. Ahora queda, en nuestro tiempo, una ola solitaria de textos literarios de humor estilizado, que aplica el intelecto (pienso en la poesía de Bukowski), abundante en datos autobiográficos, personalísima y plena de un humor ácido y desencantado; y un mar de poemillas que la ahoga, de coplas, redondillas, piqueñas..., en fin, de válidas expresiones provincianas que sumadas configuran países ocultos que se ríen de sí mismos, como se ríe Colombia de sí misma en los textos de esta antología de *Poesía irreverente y burlesca*, seleccionada por el poeta Rogelio Echavarría.

Juan de Castellanos (1522-1607), Francisco Ignacio Mejía (1753-1819), Miguel Antonio Caro (1843-1909) y Manuel Mejía Vallejo (1923-

1998), para citar apenas uno por siglo, forman parte, entre muchos poetas —lo supernumerario constituye el sello personal del antólogo— y literatos colombianos o españoles cuyos textos fueron producidos en nuestro país.

De ella adelantamos esta pequeña prueba que, como dice el poeta refiriéndose a la totalidad de la antología: “Es una muestra, sin segunda intención, de la tradicional gracia idiomática de nuestro pueblo, que divertirá no sólo a quienes gozan de la poesía sino a quienes no saben leerla”.

NO, GRACIAS

*Pienso cuando estoy fumando
que todos vamos al trote,
que la vida es un chicote
que se nos está acabando.*

Si en el momento nefando

Dios me llega a preguntar:

—¿Quiere usted resucitar?,

le diré echándole el humo:

*—Mil gracias, Señor, no fumo,
porque acabo de botar.*

[De Eduardo Ortega (1868-1908)]

GUILLERMO LINERO
MONTES

Talento y facilismo

Apuntes de errancia

Cristina Toro

Ediciones La Pluma del Águila,
Medellín, 2000, 84 págs.

La humedad del fuego

Cristina Toro

Ediciones La Pluma del Águila,
Medellín, 2001, 47 págs.

De acuerdo con uno de mis diccionarios, poesía se define así: arte de hacer versos o carácter de lo que eleva el alma, y por poeta se entiende aquel o aquella que escribe en verso o está dotado de imaginación poética... Parto de una definición que, aunque no me parece ni la más

exhaustiva, ni la más filosófica, ni la más moderna, ni la más elaborada, al menos da una idea de qué es de lo que se habla cuando se dice que alguien hace poesía o es poeta, sobre todo en la segunda acepción; esto es, cuando se plantea que poesía es lo que eleva el alma. Por alma, aclaro, no tenemos que entender necesariamente lo que los cristianos entienden por alma (ese receptáculo de los pecados o esa especie de herramienta para comunicarnos con Dios), sino que podemos ser un poco más amplios y recurrir a los griegos: alma podría ser, en ese sentido, el aspecto del ser que dice relación con todo aquello que no es físico y que nos permite sentir y dar amor, guardar improntas, sacarlas a relucir, disfrutar de la estética, sentir las emociones... en pocas palabras, quiero que alma se entienda, en este contexto, como lo que nuestros amigos griegos llamaban *psique*.



Después de este breve alegato, explico por qué decidí empezar por una definición de lo que es poesía: porque si no lo hago, siento que por poesía muchas veces se toma cualquier escrito cuyas líneas no vayan de margen a margen de la página o cuya puntuación no sea convencional... Una anécdota que ilustra mi afirmación... Por las épocas en que estudiaba en la Universidad de Antioquia, de un momento a otro, se puso de moda el *haiku* o *haikai*,

ese tipo de poesía originada en Japón, cuya factura es, en el idioma original, aparentemente bastante compleja en cuanto a la métrica y cuyo contenido está relacionado con la intuición profunda que se logra en estados meditativos... Pues bien: en la U todos nos pusimos a leer *haikus* después de haber agotado (?) a los poetas malditos, a los surrealistas, a los *beatniks*, a los nadaístas e incluso a los clásicos, para no mencionar a aquellos del parnaso colombiano que nos parecía que se salvaban (León de Greiff, Barba Jacob, Gaitán Durán, Cote Lamus...) y a los poetas con consciencia de clase de la localidad y del subcontinente. Claro está, la invasión del *haiku* pronto arrojó sus resultados: entre tinto y tinto y entre publicación local y publicación local rápidamente empezaron a perfilarse aquellos que tenían vocación de *haikuistas* (algunos abandonaban las filas de André Breton, otros las de Rimbaud y otros las de Gonzalo Arango para unirse a este nuevo movimiento). FÁCILMENTE —y lo escribo así, con mayúsculas—, muchos empezaron a producir *haikus* en serie (que no en serio). En la cafetería de Derecho o en los Paragüitas, entre doce y una, algunos eran capaces de escribirse por lo menos treinta *haikus* (recuerden que este tipo de poesía se caracteriza por ser corto) y uno se veía obligado a que le infligieran cada cosa, cada esperpento, cada marmarracho, casi sin derecho a chistar. Cosas de este estilo: “Cae la niebla sobre el prado y mi alma mira yerta tu sonrisa de adolescente” o incluso algunos con más rezagos de conciencia social: “La campesina teje un saco para su hijito famélico mientras la hoz y el martillo señalan la hora de la lucha, compañera mía”... La invasión de *haikuistas* había estado precedida por otras invasiones no menos mal logradas. Creo que cualquiera que haya leído poesía colombiana no desconoce el amplio movimiento social generado en la capital de la Montaña por el surrealismo, o la gran cantidad de poemas a lo Allen Ginsberg que salían publicados en las revistas de moda entre el

reducido círculo de los que leen poesía (que no es tan reducido cuando se hace referencia a los que hacen poesía, especialmente en este país)...



Por mucho que me guste la poesía y sepa de lo importante que son los/las poetas para un mundo tan sin sentido como el nuestro, debo declarar abiertamente que la mayoría de los/las poetas colombianos/as me parecen demasiado facilistas. Escribir poesía, a mi entender, es todo un arte, uno de los más excelsos artes y, por ello, no se trata simplemente de darle un *enter* al computador antes de que la línea de letras toque el margen derecho de la página. La poesía, si bien surge de la inspiración, para elevar/tocar la psique requiere de un trabajo minucioso. Las imágenes mentales plasmadas en palabras exigen sangre, sudor y lágrimas. Para que la experiencia personal se convierta en universal hay que ser creativos, y la creatividad exige esfuerzo, dedicación, segundos pensamientos, reflexión e investigación, para mencionar sólo algunas de sus exigencias. Los grandes poetas contemporáneos y de tiempos pasados, como cualquier otro artista que haya hecho un gran trabajo, saben de las noches en vela para pulir un poema, del dolor de verter un sentimiento en palabras, del profundo e intenso gozo que produce una oda terminada. No se trata sólo de que a

uno se le ocurra una idea, la plasme y ya: “¡Ala, a publicar!”. Por supuesto, la inspiración es necesaria, condición sin la cual no existe la poesía (ni ningún otro arte, ciencia u oficio), pero no es suficiente... No basta por sí misma... A la inspiración hay que complementarla con laboriosidad, con dedicación, con autocrítica y con conciencia del papel que uno cumple/gasta cuando se dedica a un arte como éste.

¿Por qué una perorata tan larga antes de abordar los poemas de Cristina Toro? Porque esta gran actriz colombiana carece de esa dedicación sobre la que quería hacer unos señalamientos, cuando de escribir poesía se trata. Muchos de sus poemas son inacabados, no revisados, incompletos en cuanto obra artística. Me aclaro: sus imágenes son muchas veces buenas, tienen inspiración, dan cuenta de cierto talento, pero pareciera que a la poeta le faltara fuerza, que el impulso sólo se quedara en eso: impulso inicial y nada más. Eso hace que sus libros sean bastante dispares, que vayan, por así decirlo, del timbo (lo alto y elaborado) al tambo (lo bajo y tosco). No se puede decir que tenga una obra poética como tal porque ni es obra —es decir, una producción completa del espíritu—, ni es poética en cuanto no cumple con la función total de elevar/tocar el alma.

Empecemos con *Apuntes de errancia*. En estos textos hay, y lo digo con plena franqueza, un balance perfecto entre aciertos y desaciertos. Hasta cierto punto pretende ser un diario poético de viajes, del exilio al que se ve sometida o se somete la escritora. Empieza con unos poemas preliminares, por así llamarlos, que dan un marco contextual sirviendo de introducción a lo que sigue: *El funeral de este tiempo*, *Siempre la guerra*, *Dueños del miedo*, *Exilio*, *Ecos de la guerra* y *El pasado inasible* dan cuenta de un estado de ánimo premonitorio de la especie de hecatombe que le sigue: ese errar, ese vagar como fantasma por un mundo que no le pertenece a uno, ese visitar los sacrosantos lugares vistos en libros y películas (Pa-

rís, Londres, el sur de España, Marruecos...) pero que por la condición de exiliado(a) no pueden ser totalmente gozados, vividos, disfrutados, apropiados. No son un verdadero refugio, porque contra el miedo interior ningún refugio relativo es suficientemente bueno, suficientemente seguro. De todos los poemas preliminares, quizá el más acabado, el más redondo, es *Dueños del miedo*, en el cual se recrean imágenes de la vorágine interior por la que a veces nos vemos obligados a pasar los habitantes de países como el nuestro: "...El final de una edad se ha hecho sangre / El campo deslindado se ata / con su rastro de acero y púas / a la batalla sin fin / donde nadie será de nadie / sólo el miedo / nuestra gran pertenencia". El resto de ellos, con algunas imágenes que constituyen notables excepciones, transitan por las calles de lo maniaco, de lo poco original, de esa carencia de sello propio que hace que uno no sepa si este poema lo escribió Cristina Toro, Eduardo Velásquez o uno mismo. Ni siquiera puede decirse que en ellos se escuche una voz de mujer (lo que les daría cierta validez) sino que son neutros, grises, sin nudo dramático y, por lo tanto, sin un desenlace. Simplemente flotan en el aire, palabras al viento que no es desagradable oír pero que tampoco evocan, invocan o dejan ninguna huella en la memoria.

Más adelante, la poeta se lanza a contarnos, otra vez en imágenes, ora logradas, ora malogradas, su periplo por las principales ciudades de Europa y de América. Nuevamente, empate entre aciertos y desaciertos... He aquí uno de estos últimos, *Caminos de Tánger*, en su verso final: "Atrás queda Tánger / tras las montañas / como velos de roca. / Firme Gibraltar / dirige su cañón al aire / las aspas se lo beben / El viento no sabe de fronteras"... Sé que la reacción a cualquier imagen es subjetiva y más aún a las imágenes poéticas, pero de verdad ésta me deja totalmente fría y creo que a otros también (lo digo porque compartí el texto con algunos amigos y todos quedaron con la misma cara: miran-

do al techo pero borrada cualquier expresión). No es emocional, entonces no evoca una respuesta emocional. No es racional, entonces no evoca una respuesta racional. No es espiritual, entonces no evoca una respuesta espiritual. Simplemente, bueno, "otro que muerde el polvo"... Ni va ni viene. Lo único que me recuerda es esos *haikus* de la U que traté de parafrasear más arriba.



Para concluir *Apuntes de errancia*, Cristina Toro nos habla de su retorno a la Bella Villa. Es en esta sección en la que quizá la autora se dota de más fuerza. El retrato que hace de Medellín a veces logra conectar con algo un poco más apartado de la mera reminiscencia personal. Guayaquil, un poema dedicado al viejo barrio de prostitutas, pobreza y bohemia, tiene esbozos de un no sé qué poderoso, que de alguna manera evoca la tristeza. *Nocturno* logra acercarnos, así sea fortuitamente y como por azar, a ese submundo de las calles de Medalla en la noche. Sin embargo, *Los merenderos* y *Muchachas del Chocó* son apenas una tibia descripción de lo que su nombre indica, y así hasta acabar con este retrato de Medellín... *Nunca me has visto*, uno de los poemas finales del libro, que ya no forma parte necesariamente de los dedicados a la Ciudad de la Eterna Primavera (sic), vuelve a resucitar en el

lector esa ansia de poesía buena, poderosa, producto de algún sentimiento fuerte, cuando dice: "El planeta duerme / Sólo yo persisto como un ojo helado / en esta noche interminable"... pero nada más. Destellos aquí y allá, pero nada que mueva, conmueva, haga temblar, despierte.

En cuanto a *La humedad del fuego*, bueno, es casi tan imposible como el nombre escogido para él. Aquí la autora se dedica al amor, y los ecos adolescenciales son tan fuertes que no queda oído para nada más. Todo nace allí, permanece por un tiempo allí y finalmente se disuelve allí: en la adolescencia. ¿Estilo? Como el de los quince ("Abandonados a la magia / seguimos el rumbo / que nos traza el pálpito / con el espanto / de ser sorprendidos por la razón / que se niega a aceptar / nuestra esencia de pétalos mudables"). ¿Tema? Como el de los quince ("Las maneras de sentir / el aroma de una época / acaso la fragilidad común / ante un poema / ante la vida misma, / esa similar percepción de lo fugaz; son las señales que olfatea el ojo / en el momento irreplicable / de la mirada primera"). Y el resto nos lleva por sábanas húmedas, abracitos escondidos, saliva expelida y tragada... Un torrente de imaginería erótico-romántica que tendría bastante éxito entre las niñas de undécimo de cualquier colegio de monjas. Fofó. Sin fuerza. Sin poder alguno.

No quiero sonar amarga en estas líneas sobre la poesía de Cristina Toro. Mi intención no es arrasar con ella, destruirla de un solo teclazo. Creo que en algunas partes muestra talento, muestra inspiración, muestra ganas. Sin embargo, sí quiero advertir sobre los peligros del facilismo, de lo inacabado, de los libros en los que se gastan árboles sólo para complacer la verborrea de alguien. Éste no es exactamente el caso de los libros de esta autora, pero para que no sea así completamente, yo le pediría a ella y a otros poetas en ciernes o con varias publicaciones (surrealistas, modernistas, *haikuitas*, socialistas, feministas, etc.) que cuidaran más lo que escriben, que fueran más considerados con el pú-

blico lector, que se vigilaran más y que, antes de publicar sus textos, sus poemas, le dieran “otra vuelta a la tuerca”, como diría Henry James.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Tiene mucho que decir y ya ha empezado a hacerlo

Edad de hierro / Mi sombra no es para mí

Antonio Silvera Arenas

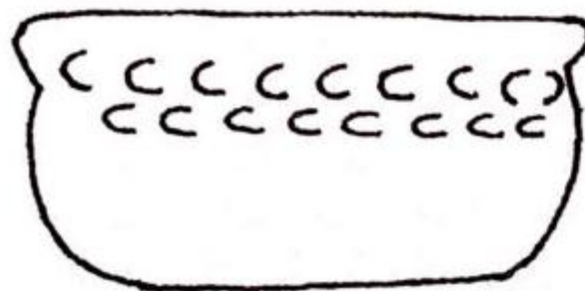
El Astillero, Bogotá, 1998, 123 págs.

Es muy difícil hallar en las primeras obras de un joven poeta un orbe verbal unitario. Lo frecuente es encontrarse con un conjunto de poemas dispersos, eco perezoso de diversas voces: “Escuchas otras voces en mi voz dolorida. / Llanto de viejas bocas, sangre de viejas súplicas”, reconocía el hablante de Pablo Neruda en *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. De ahí que una de las agradables sorpresas que nos ofrece *Edad de hierro / Mi sombra no es para mí*, libro que reúne los dos primeros poemarios de Antonio Silvera Arenas (Barranquilla, 1965), sea la presencia de un universo personal —un léxico, unas obsesiones, ciertos símbolos, todo un sistema de vasos comunicantes— y de una voz poética definida y profunda que reclama su cuarto propio en el ámbito de las letras del país entero.

Publicado inicialmente en 1990, *Mi sombra no es para mí* viene encabezado por dos epígrafes: uno de Jaroslav Seifert y otro de Hart Crane. El primero enuncia tres de los temas principales que ordenan el libro —la música, la poesía y el amor—, a los cuales corresponden respectivamente los tres primeros poemas del libro que funcionan a manera de introducción: *Música*, *Pretium artis* y *Árbol*. El segundo epígrafe establece la poé-

tica que funda los poemas: se trata de una poesía del corazón vivo, de la emoción, del sentimiento.

Dividido en cuatro apartados, “La casa”, “Pájaros”, “Sueños” y “Corazón”, el libro desarrolla la autobiografía del hablante lírico. El primer apartado, “La casa”, el más memorable, recrea la odisea interior del hablante que ha debido abandonar su terruño natal para vivir en la tumba abierta de la ciudad moderna. El desarraigo y el choque con ese nuevo universo glacial, oloroso a muerto, bajo una lluvia infame que aísla y angustia le provocan el extrañamiento del entorno familiar, la conciencia de la pérdida del paraíso y el deseo de volver a las fuentes de origen, a su lar, y recuperar la perdida inocencia. El levantamiento tras la caída se logra a través de la memoria, en la evocación de las señales y garabatos en la casa del habitante, ese ámbito oloroso a patio de tibios toronjiles donde cantan los pájaros y los gallos y pueden contarse los luceros desde una mecedora nocturna.



Conformada por dos epístolas del hablante a sus padres y por las descripciones del ambiente físico y cultural (el retrato de los familiares más cercanos: el padre vencido por el tiempo; la madre joven y bella en el álbum del matrimonio; el abuelo alcohólico que no cuenta cuentos sino estrellas; la abuela enlutada y nostálgica de su pueblo que habla de

difuntos y vive con la escoba en la mano en combate constante con el polvo que atrae los fantasmas) y de las costumbres (el fresco en la terraza en el desorden de colores del poniente; el sabor del café al alba) que lo acompañaron en el tramo inicial de su existencia, “La casa” reúne seres y objetos plenos de significados y sentidos entrañables y ocultos cuya invocación le permite al hablante sobrevivir.

“Pájaros” es el retrato del artista adolescente en sus relaciones con la poesía, esa díscola o promiscua muchacha de “trenzas largas”, “téticas de ciruela fresca”, “pantaloncitos azules” y “culito de abeja reina”. Este apartado nos presenta la incertidumbre acerca de su oficio por el obstinado poeta que no se rinde ante las evidencias del fracaso ni el dolor insistente, y se expone, cual caballero andante, a los embates de los seres residentes en la certeza: las burlas sin piedad de los amigos y “la noble Dulcinea” y los clamores de la madre “al Hacedor/ por los pasos ebrios” de su corazón. El apartado se cierra con el fin de la infancia (“la exhausta niñez / se sentó en la memoria / a descansar / de las altas cometas”), la constatación de la incompetencia de las palabras ante la cálida eficacia de la caricia, el conflicto entre la poesía, la palabra, el libro y la plenitud del encuentro amoroso, y el descubrimiento de la soledad.

“Sueños” se centra en el amor y sus engaños y en la comprobación de las limitadas armas de la ausencia frente al poder de la poesía. Aunque se reiteran las dudas acerca del sentido de la vida ante el “neocio transcurso de las horas / hacia estancias de la muerte y del olvido” y la conveniencia de no formularse preguntas profundas y de evadirse del destino por los caminos hedónicos del sueño, el vino o la música, el poeta insiste en abrir ventanas a la aurora y no exclusivamente a los ocasos, como lo hacen sus vecinos.

“Corazón”, poemas de la ofensa, salmos de la derrota, acuarimántima caribe salpicada de gotas amargas y posturas difíciles, es la parte más